



La gesta independentista en la literatura ecuatoriana de la República

Francisco Proaño Arandi

Escritor. Embajador del Servicio Exterior Ecuatoriano.

Al inquirir sobre cuál ha sido la proyección del proceso de emancipación política del Ecuador en la literatura del período republicano, surgen inevitablemente variadas reflexiones:

En primer lugar, la percepción de que la producción literaria aparecida en el marco del proceso emancipador y con posterioridad a éste, experimenta características análogas a lo que acaece con el pensamiento político y su reflejo en las modificaciones estructurales de la sociedad ecuatoriana a lo largo de los siglos XIX y XX.

Una de ellas podría definirse como la toma de conciencia de una posible identidad americana (o para el caso ecuatoriano, quiteña), pero de-

terminada (o atravesada) por una cosmovisión acendradamente europea o europeísta, que se sustenta en la dicotomía, cara a los intelectuales y dirigentes políticos ilustrados de entonces, entre civilización (lo europeo) y barbarie (lo americano). La identidad americana que el advenimiento de la nueva realidad política imponía —como repúblicas independientes— era más que nada, un supuesto utópico.

Para los nuevos sectores en el poder, criollos de formación europea y continuadores del régimen de servidumbre que no cambió sustancialmente en el traspaso de la Colonia a la era republicana decimonónica, lo americano tenía que ser transfigurado según los cánones prevaecientes en la vieja Europa, en particular, en Francia.

De una cosmovisión centrada en lo teológico y místico, cual fue la literatura de la época colonial, el quehacer literario se abre a nuevos temas: lo cívico, lo heroico, lo republicano; de todos modos: lo profano. El primer monumento literario que genera el espíritu de la independencia es, sin duda, el *Canto a Bolívar* (aparecido en 1826, en tres ediciones, dos en París, una en Londres), del poeta guayaquileño José Joaquín de Olmedo, obra de corte neoclásico, lo que evidencia su raigambre europea, determinación que, por lo demás, no podía ser de otro modo. América rompía las cadenas que la habían uncido a España, pero España misma y, con ella, sus colonias de ultramar, se desembarazaban del espíritu de la Contrarreforma y encontraban los nuevos arquetipos literarios en el neoclacisismo propio de la Ilustración francesa y del proceso revolucionario desencadenado a raíz de 1789.

El *Canto a Bolívar*, conocido también como *La victoria de Junín*, es un poema traspasado de unción épica y lírica. De alguna manera, anuncia ya el cambio del estilo neoclásico al romántico, fenómeno que pronto conocerá la literatura hispanoamericana. Pero en el mismo cabe señalar un elemento singular: un intento de legitimación de la nueva clase en el poder surgida de la independencia política de España. Esta legitimación se formula en el poema volviendo la mirada al pasado precolumbino: el desplazamiento de la figura del Inca Huayna-Cápac sacralizando la victoria de Junín y anunciando el triunfo final en Ayacucho, implica una complicada formulación: por un lado, el nuevo poder que se entroniza en América reclama su legitimidad en la herencia de un pasado prehispánico, de la que se proclama su sucesor; pero al mismo tiempo, esa reivindicación, la ejerce desde su pedestal europeo: en su lenguaje, en su inspiración y

en la visión de la nueva realidad política que surge.

Es interesante anotar que será el propio Bolívar el primero en criticar la utilización de la figura del más grande de los emperadores incas en el poema. En carta dirigida a Olmedo el 12 de julio de 1825, luego de leer el manuscrito que el poeta le enviara en abril de ese año, dice lo siguiente: «No parece propio que Huainacápac alabe indirectamente a la religión que lo destruyó; y menos parece propio aún que no quiera el restablecimiento de su trono para dar preferencia a extranjeros intrusos, que aunque vengadores de su sangre, siempre son descendientes de los que aniquilaron su imperio»¹.

Ello ha sido señalado más tarde por otros críticos, entre ellos, en el Ecuador, Aurelio Espinosa Pólit² y Agustín Cueva³.

Bolívar sería crítico también de otra formulación literario-política hecha por otro gran escritor ecuatoriano de la época, contemporáneo de Olmedo, el cuencano Fray Vicente Solano. En su *Historia de la literatura ecuatoriana*, Isaac J. Barrera comenta que Solano, pese a su condición de contemporáneo de los principales hitos de nuestro proceso independentista —el 10 de Agosto de 1809, el 9 de Octubre y el 3 de Noviembre de 1820, por ejemplo— no nos ha dejado testimonio de ello; pero, subraya, ha dedicado en cambio toda su admiración a Bolívar. «Bolívar —dice Barrera—⁴ será el motivo de su reflexiva consideración sobre la suerte de las naciones por él liberadas», lo que lo llevará a publicar en su periódico, *El eco del Azuay*, «un artículo en que se disertaba acerca del gobierno más análogo y conveniente para América, tejiendo doctrinas en torno de la figura procer». La sugerencia, hecha desde Cuenca por Solano,

de que se instaurara una monarquía constitucional teniendo como protagonista a Bolívar, causó en el Libertador un tremendo impacto, tanto que trató de desvirtuar cualquier veleidada de su parte, haciendo alarde de su firme adhesión a los ideales republicanos.

Con todo, la proposición de Solano refleja el pensamiento de un sector de la nueva clase en el poder a raíz de la independencia de España y su contextura netamente europeizante, que vuelve los ojos al entorno americano sólo como una realidad insoslayable donde debe encarnarse una utopía ilustrada que, para persistir, no está interesada en modificar la condición de los sectores subalternos, entre ellos, el indígena, a los que invisibiliza, puesto que están ausentes de su proyecto de implantar como nacional su concepción particular de la cultura.

La literatura cuyos temas serán los hechos de la independencia y sus secuelas históricas e ideológicas estará atravesada por esa cosmovisión, que, por lo demás, configurará el sentido general de la creación literaria hasta las primeras décadas del siglo XX.

Al mismo tiempo cabe señalar que, pronto, a la luz de los acontecimientos propios de la tormentosa génesis del país en sus primeros años de vida republicana, la literatura ecuatoriana no brindará mayor atención a la gesta independentista como tal. El romanticismo, por otra parte, hará recaer en otros temas la atención de los principales poetas y prosistas del devenir republicano durante el siglo XIX. De estos dos parámetros, el acontecer político y la actitud romántica, se nutrirán las más trascendentes figuras literarias del período decimonónico en nuestro país: Juan Montalvo, Juan León Mera, Dolores Veintimilla de Galindo,

Marietta de Veintimilla, Julio Zaldumbide, Numa Pompilio Llona, José Modesto Espinosa, Roberto Andrade, Federico Proaño, Remigio Crespo Toral o Luis Cordero, entre los más connotados.

Sin embargo, la independencia, sus batallas, sus leyendas, sus protagonistas, sus héroes, permanecerán como un fondo latente, fuente de alusiones y de reflexión, cuando no serán el tema central en algunas obras de particular relevancia, como la *Relación de un veterano de la independencia*, de Carlos R. Tobar (1895), o las *Leyendas del tiempo heroico*, de Manuel J. Calle (1903).

De ello y del marco en que aparecen trataremos en los párrafos subsiguientes.

Literatura preindependentista, de la independencia y postindependencia

Juan Valdano⁵ observa que a partir de la década de 1780 comienza a desdibujarse el paradigma hispánico, determinante en la cultura quiteña colonial, la que se abre a los nuevos vientos de la Ilustración. Este estudioso de la literatura ecuatoriana, postula en el devenir de la misma tres grandes etapas: *Literatura de la legitimización* (predominio de lo hispánico); *Literatura de la asimilación* (adaptación de la cultura europea a un supuesto utópico americano); *Literatura del reconocimiento* («interiorización y búsqueda del ser nacional, reconocimiento de sus raíces como únicos fundamentos de la cultura nacional»)⁶.

Lo cierto es que desde mediados del siglo XVIII, con los trabajos geográficos de Pedro Vicente Maldonado, y en especial a finales de dicha centuria, cobra carta de naturalización la idea de pertenencia a una cierta

entidad nacional, urgida de independizarse y sustentarse en otros paradigmas, entre ellos, en lo que atañe al quehacer literario, el neoclasicismo dominante en Europa. Así, en las obras del gran historiador Juan de Velasco, autor de la monumental *Historia del Reyno de Quito*; en las reflexiones de carácter económico del ilustrado quiteño Miguel Gijón y León; y, sobre todo, en Eugenio de Santa Cruz y Espejo, quien, en el decir del historiador Jorge Núñez⁷, «mezcló las ideas de Maldonado, Velasco y Gijón con las suyas propias, para formular una teoría patriótica en la que la imagen de la ‘Patria Española’ se difuminaba y era reemplazada por la figura de la ‘Patria Quiteña’».

Olmedo, afirma por otro costado Valdano⁸, «es el escritor de tránsito entre la literatura legitimizadora y la de asimilación». Yo añadiría que fue, además, una suerte de bisagra entre el neoclasicismo y el romanticismo que sobreviene poco después.

Su *Canto a Bolívar* constituye, sin duda, acaso el más alto exponente, por sus incuestionables méritos literarios, de la vertiente neoclásica hispanoamericana de las primeras décadas del siglo XIX, expresiva a su vez, a cabalidad, del espíritu cívico y heroico propio de la etapa de la independencia. A juicio de Aurelio Espinosa Pólit⁹, ha prevalecido sobre los otros poemas de la época dedicados al Libertador. «¿Cuál de ellos —pregunta— ha hecho olvidar, ha oscurecido siquiera a Olmedo?», y lo dice refiriéndose a poetas como Miguel Antonio Caro, Rafael María Baralt, José Fernández Madrid o el propio Andrés Bello. Es interesante al respecto el estudio que el crítico ecuatoriano Galo René Pérez dedica a Olmedo y otros poetas contemporáneos suyos en su ensayo *Poesía hispanoamericana de la independencia*¹⁰.

Junto a la poesía de Olmedo y los artículos polémicos de Fray Vicente Solano, lo más importante que se produce en plena etapa emancipadora o inmediatamente después viene constituido, de un lado, por los escritos de José Mejía Lequerica y Vicente Rocafuerte, y, de otro, por los llamados cronistas de la independencia.

Entre estos, brilla fundamentalmente el Provisor y Vicario general del Obispado, Manuel José Caicedo, sobrino del Obispo José Cuero y Caicedo, y autor de la crónica titulada *Viaje imaginario por las Provincias Limítrofes de Quito, y regreso a esta capital*, obra que circuló anónimamente y en la que describe los acontecimientos del 10 de agosto de 1809 y sus trágicas secuelas de 1810. Con estilo ameno y vibrante, lleno de giros sugestivos y, a momentos, apasionados, cuenta pormenores de los sucesos, desentrañando las causas, móviles y efectos de las diferentes actitudes asumidas por los protagonistas de los magnos hechos. Testigo de los acontecimientos y agudo observador político, su crónica, que podría equiparse en su estructura a un relato de aventuras, si no fuese verdad todo lo que cuenta, constituye un valioso documento literario de la época. Y un enjuiciamiento de lo más severo, a la vez que justo, del comportamiento cruel y traidor desplegado por las autoridades coloniales.

Otro valioso cronista del proceso emancipador es el general José de Villamil, partícipe del pronunciamiento libertario del 9 de octubre de 1820 en Guayaquil y recordado sobre todo por haber anexado las Islas Galápagos a la República del Ecuador. Su crónica, titulada *Reseña de los acontecimientos políticos y militares de la Provincia de Guayaquil desde 1813 hasta 1824. Inclusive por el General Villamil*,



Habitantes del campo. AHBCE

deviene, asimismo, un invaluable documento, donde el autor relata los hechos desde el punto de vista de la primera persona, presentando a la obra, como en el caso del Vicario Caicedo, un matiz profundamente personal y autobiográfico.

Aunque de escaso valor literario, merece citarse, por los datos que aporta, dada la condición de testigo de los hechos que detenta su autor, la crónica *Recuerdos de la Revolución de Quito*, escrita por el jurisconsulto Agustín Salazar y Lozano¹¹.

Como toda gesta, la del 10 de Agosto de 1809 produjo de inmediato una poesía popular, fundamentalmente anónima, o cuidadosamente encubierta la identidad de sus autores debido a lo peligroso del momento. A la vez, si hubo una poesía exaltadora del pronunciamiento patriota, también se produjo otra reactiva, ejercida por realistas encubiertos. Isaac J. Barrera habla de estas composiciones, «recogidas por cuidadosos historiadores, como Cevallos y Mera». Cita al respecto varias décimas de uno y otro bando, «entresacadas» de las *Antiguallas curiosas*, de Mera¹².

Éste último, en su *Ojeada Histórico-Crítica sobre la poesía ecuatoriana* (1868), señala a D. Juan Larrea y D. Lucas Larrea, hermanos, como autores de algunos poemas satíricos relacionados con la Revolución, mientras que, en las *Antiguallas curiosas*, apéndice de los *Cantares del Pueblo Ecuatoriano*, y a las que alude Barrera en su *Historia*, estudia *in extenso* la poesía popular, fundamentalmente anónima, aparecida a raíz de los acontecimientos de agosto de 1809 y aún antes¹³.

Entre dichos sucesos, no hay duda que generó un particular impacto la masacre del 2 de

agosto de 1810, fuente de algunas composiciones de carácter luctuoso, anónimas. Entre ellas, un *Canto lúgubre* y una relación desgarrada de los hechos, escrita por un desconocido «pasajero»: *Relación de un pasajero que vio en Quito el 2 de agosto de 1810*¹⁴.

El clérigo Miguel Antonio Rodríguez pronunció, el 3 de agosto de 1812, dos años después de la matanza del 2 de Agosto, una célebre oración fúnebre, cuyo valor literario exalta Isaac J. Barrera en su *Historia*¹⁵. Dicho estudioso cita también un texto titulado *Reflexiones de un filósofo en su retiro*, fechado en abril de 1812, el cual —indica— pone al descubierto «el desgarramiento de pasiones que condujeron la gloriosa revolución a su fracaso irremediable».

Otra oración fúnebre digna de memoria fue la pronunciada por Fray Vicente Solano, en la Catedral de Cuenca, en marzo de 1831, dedicada a la memoria de Simón Bolívar.

Evocaciones románticas y costumbristas

La etapa republicana, una vez separado de la Gran Colombia el llamado Departamento del Sur con el nombre de República del Ecuador, contempla, en la literatura de la época, el advenimiento en su literatura del Romanticismo, como escuela prevaeciente y cultivada por los escritores, tanto liberales como conservadores. Paradigmática es en este sentido la ubicación ideológica de los dos más grandes autores del siglo XIX ecuatoriano: por una parte, Juan Montalvo, impulsor del liberalismo y fustigador implacable de los regímenes de Gabriel García Moreno y de Ignacio de Veintimilla; por otra, Juan León Mera, autor de la emblemática novela *Cumandá*, costumbrista, ensayista y prolijo crítico literario, co-

laborador de los regímenes conservadores de entonces.

Paradójicamente, Montalvo será un polígrafo cosmopolita, preocupado de los avatares políticos, de los que es protagonista o testigo crítico, y un erudito en temas históricos universales; Mera, en cambio, centrará mucho de su mirada y sus preocupaciones en el país mismo: su paisaje, sus leyendas, su habla.

Ambos, sin embargo, cada cual desde su particular posición política, proyectarán sobre la patria una mirada traspasada por su compartida formación europea. La gesta de la independencia no será motivo esencial de sus preocupaciones, salvo muy determinadas alusiones y, en el caso de Mera, su autoría de la letra del *Himno Nacional*, y, en Montalvo, algunas páginas, siempre admirables, a lo largo de todas sus obras y en especial de los *Siete Tratados*: evocaciones frecuentes de Bolívar o de figuras memorables como la Marquesa de Solanda (la esposa de Sucre) y Manuela Sáenz:

«El Gran Mariscal de Ayacucho —dice en *De la belleza en el género humano*, uno de los *Siete Tratados*—, que había estado en casi todas las capitales de Sud América, sólo en Quito halló mujer digna de su corazón y su mano; y es sabido que Bolívar á Quito vino a buscar la amazona que le salvó la vida cubriéndole con el escudo de Palas, esa mujer tan fiera como hermosa á quien el Genio del Nuevo Mundo amó como Aquiles á la belleza de Sciros.».

Situada en los años inmediatamente posteriores a la guerra de la independencia, la trama de la noveleta de Juan León Mera, *Porque soy cristiano* (aparecida en 1909, en Madrid, en el volumen *Novelitas ecuatorianas*), empieza en 1829 y termina poco después de realizada

la batalla de Miñarica, 18 de enero de 1835. En ella, Mera reflexiona sobre las secuelas generadas por las disensiones entre los jefes patriotas y los horrores de la guerra civil.

Barrera confirma esa adhesión generalizada a lo europeo, característica del XIX literario ecuatoriano. «... en estos tiempos —dice— el recuerdo de las guerras de la independencia estaba muy cercano, tanto que se encontrarán frecuentes alusiones al león hispano y al monstruo sangriento. Con todo ello seguíamos literariamente dependiendo de la antigua metrópoli, desde la cual llegaban libros y noticias de los nuevos nombres que se destacaban en las letras, así como de las modernas influencias que se trasladaban en irremediables repercusiones al suelo americano»¹⁶.

En lo que atañe a la poesía, Julio Zaldumbide (1833-1887) hará una poesía encendidamente romántica y, a la vez, exquisita. Pero sobre el tema de la independencia sólo cobran importancia los tres sonetos que escribió con motivo del primer centenario del Libertador Simón Bolívar (1883) y que dedicó a José Modesto Espinosa, Secretario de Estado del Gobierno Provisional.

Esa efemérides dio pábulo a otros poetas a escribir sobre el tema. La Universidad Central abrió un concurso literario alusivo al tema y el jurado calificador, integrado por Julio Zaldumbide, José Modesto Espinosa y Pablo Herrera, otorgó el Primer Premio a Remigio Crespo Toral, por su obra *Los últimos pensamientos de Bolívar*, y menciones honoríficas a Quintiliano Sánchez (*Sueños y Realidad*) y Emilio Abad (*Visión Profética*). Juan León Mera escribió, asimismo, un poema que, en coincidencia con Crespo Toral, se refiere también a los momentos postreros de la vida de Bolívar *Últimos momentos de Bolívar*.



Todas las mencionadas composiciones llevan el sello estilístico del *Canto a Bolívar*, de Olmedo, pero con acentuación plenamente romántica¹⁷.

Luis Cordero, poeta cuencano, escribió poemas de profundo sentido lírico. En sus *Aplausos y Quejas* incluye una pieza poética en la que reflexiona sobre el sentido del proceso encabezado por Bolívar para liberar América. El poema de Cordero, *La sombra de Bolívar*, junto con otro, *A Maximiliano en su derrota*, merecieron el juicio severo de Juan León Mera en su *Ojeada Histórico-Crítica*: «valen muy poco —escribió—, o más bien no valen nada».

Como es lógico, la gesta emancipadora fue motivo de largas páginas para algunos de los grandes historiadores del siglo XIX y principios del XX: Roberto Andrade (*Historia del Ecuador*, páginas dedicadas a la Revolución de Agosto y a la Gran Colombia), Celiano Monge (*Lauros y Relieves*), Alberto Muñoz Vernaza (*Orígenes de la nacionalidad ecuatoriana*, y artículos sobre el proceso de la independencia), Pedro Fermín Cevallos (*Historia del Ecuador*) y Pedro Moncayo (*El Ecuador de 1825 a 1875. Sus hombres, sus Instituciones y sus Leyes*).

En la oratoria, a más de las piezas citadas más arriba, cabe señalar una memorable: la pronunciada por Federico González Suárez el año 1900, siendo Obispo de Ibarra, al celebrar en la Catedral de Quito, por encargo del Presidente Eloy Alfaro, la recuperación de los restos de Sucre.

Durante el siglo XIX se revitaliza de alguna manera la tradición teatral ecuatoriana, que ya había evidenciado hitos interesantes en épocas anteriores. En lo relacionado con el tema de la independencia, debe citarse la

obra *El Diez de Agosto*, de Abelardo Moncayo, tragedia histórica llevada a las tablas en Ibarra el 24 de julio de 1883; *El Primer Grito de Independencia*, de Emilio Abad, estrenada ese mismo día en Azogues; ambas, para conmemorar el centenario del natalicio de Bolívar; y *Luz de América*, drama estrenado en 1889, obra de Manuel María Terán.

Es en el género novelístico donde se produce la obra de mayor trascendencia decimonónica relacionada con el tema de la emancipación política de España: *Relación de un veterano de la independencia*, de autoría de Carlos R. Tobar, figura multifacética, puesto que fue cronista, catedrático, diplomático, hombre público, lingüista y novelista. Luego de *La emancipada* (1863), de Miguel Riofrío, y *Cumandá* (1879), de Juan León Mera, la obra de Tobar sería, cronológicamente, la tercera novela aparecida en la historia ecuatoriana. Publicada por entregas hacia 1891 y editada completa en 1895 en la Imprenta de la Universidad Central, constituye a la vez una novela histórica y costumbrista, con indiscutibles valores literarios, cuya segunda parte se centra, de manera dramática, en los trágicos acontecimientos del 2 de agosto de 1810 y sus secuelas. Es, además, una novela romántica, atravesada por la idea de la oposición entre ciudad y naturaleza, cara al pensamiento de esa tendencia histórica.

Aunque aparecida en 1905, las *Leyendas del tiempo heroico*, obra del gran periodista Manuel J. Calle, podría aún ubicarse, por su estilo, en el realismo propio del siglo XIX. La obra tiene un valor de gran trascendencia dentro de la literatura ecuatoriana, puesto que, si bien enfoca personajes y sobre todo situaciones históricas —las de la gesta independentista—,

las transfigura mediante el género de la leyenda, en el cual, como señala Miguel Donoso Pareja, «la historia aparece desfigurada por la tradición oral, una invención que tiene siempre un fondo de verdad, por exagerada que parezca»¹⁸. Lo cual ha tenido otras repercusiones similares en la narrativa ecuatoriana posterior, como veremos más adelante.

Unos diez años antes, en las páginas de la revista cuencana *La Unión Literaria*, el poeta Miguel Moreno, a partir de 1893, fue publicando por entregas unos interesantes *Episodios de la Independencia*, en la línea estilística de Manuel J. Calle. En igual sentido podrían catalogarse las leyendas y tradiciones escritas por Ángel Polibio Chaves, entre ellas, *Puñug-Camacho*, ambientada en plena guerra de la Independencia¹⁹.

En 1903, Manuel E. Rengel publica su novela *Luzmila*, obra cuya trama se desarrolla en los primeros años de la República. Uno de los protagonistas es Otamendi, de turbia participación en los hechos de la independencia, al tiempo, que cercana aún la etapa emancipadora, ésta es evocada en sus páginas, por boca de los ex soldados involucrados en la historia. Expediente de la memoria sustentando los hechos del presente (novelístico); sin embargo, el juicio que sobre esta obra formuló en su momento Manuel J. Calle, es definitivo: «Nada quiero decir de *Soledad*, de José Peralta ni de *Luzmila* de mi amigo Rengel, porque en ellas, al lado de recomendables aciertos, la inexperiencia juvenil de sus autores ha puesto cosas que no entran en los terrenos del Arte.»²⁰.

El siglo XX

Superados el romanticismo y el costumbrismo decimonónicos, y luego de una breve etapa de preeminencia del estilo modernista, la tendencia dominante durante el siglo XX en la literatura ecuatoriana es el realismo, «realismo social naturalista» propio de la generación de los años treinta, y «realismo abierto» o «nuevo realismo», siguiendo la clasificación de Miguel Donoso Pareja²¹, a partir de los años sesenta y que tiene sus antecedentes en la obra de un adelantado, Pablo Palacio (1903-1946), y en el espíritu de las vanguardias.

Esto en cuanto a la narrativa; sin embargo, sólo será a fines de siglo en que proliferarán obras de ficción o de ficción histórica relacionadas con la independencia, en particular centradas en una figura fascinante: Manuela Sáenz.

Antes, el tema independentista será enfocado fundamentalmente en el género ensayo, en la biografía de personajes históricos y, eventualmente, en la poesía.

En este último género, cabe recordar algunos ejemplos:

Bolívar y el tiempo, de Medardo Ángel Silva, es uno de los poemas memorables de este poeta modernista, uno de los llamados «decapitados». Se inspira en una página magistral del propio Libertador, *Mi Delirio sobre el Chimborazo*, página que se encuentra entre lo más interesante de la literatura escrita durante el período independentista.

En la inauguración de la estatua de Rocafuerte, poema en el que la guayaquileña Dolores Sucre, tardía romántica, evoca la gesta libertaria (de *Poesías*, Barcelona, 1914).

Canta la Vida (1933), libro de Mary Corilé, que incluye un poema dedicado a la controvertida figura del Mariscal La Mar.

Remigio Romero y Cordero (1895-1967), poeta cuencano de tendencia romántica pese a la época en que escribió, es dueño también de una vertiente cívica, que se expresa en piezas como su poema *Simón Bolívar*, en el cual, tras pedir perdón a España por la hazaña emancipadora, exalta la figura del Libertador equiparándola a las del Cid y El Quijote. Muestra de la reacción hispanista que ha venido advirtiéndose en el pensamiento y literatura ecuatorianos desde el último tercio del siglo XIX. Entre sus varias obras, constan *Bolívar y la Gran Colombia* (1936) y *Colombia de Bolívar* (1943).

A Bolívar en la gloria, de Sergio Núñez, 1952.

Bajo la influencia de las vanguardias europeas y americanas y a partir de los años veinte y treinta, la poesía ecuatoriana se transforma. Más tarde, transita por los caminos trazados por Neruda y Vallejo, se adhiere al coloquialismo y a la antipoesía, pero sobre todo vuelve los ojos a la realidad intrínseca del país, explorando formas y técnicas que se correspondan con esta nueva visión (o misión). El proceso de la independencia será visto con nuevos ojos, pero Bolívar y Manuela Sáenz constituirán las figuras que mayor atracción ejercerán sobre los poetas de la generación del cincuenta y posteriores.

Entre los poemas de mejor factura que podemos encontrar en esa línea debe citarse los siguientes:

Tras la pólvora, Manuela, de Jorge Enrique Adoum. Uno de los más hermosos poemas

escritos por este gran escritor ecuatoriano contemporáneo.

Los amantes de Quito (Manuela y Simón), de Humberto Vinueza, poeta proveniente del movimiento tzántzico (años 60), canta y reflexiona en profundidad sobre los amores de ambos personajes, con reminiscencias del *Cantar de los Cantares*. (El poema de Vinueza apareció en su libro *Poeta, tu palabra* (1988).

Dos encendidos, poemario de Aleyda Quevedo, suerte de correspondencia poética imaginaria entre Bolívar y Manuela, y diario póstumo de la heroína luego de la muerte del Libertador.

En el marco del bicentenario de la independencia, la Campaña de Lectura Eugenio Espejo ha publicado una antología titulada *La Generala, homenaje poético a Manuela Sáenz*²², en la que se incluyen los poemas citados de Adoum y Vinueza, una selección de la obra de Aleyda Quevedo, y poemas de varios autores latinoamericanos, entre ellos, los ecuatorianos Pedro Jorge Vera, Nelson Estupiñán Bass, Fernando Cazón Vera, Luz Argentina Chiriboga, Teresa León de Noboa, Jenny Londoño, G. Humberto Mata, Jorge Núñez y José Regato Cordero.

El último trabajo poético de que tengo noticia pertenece a Ramiro Dávila, poeta y dramaturgo, autor de una *Oda al Mariscal Antonio José de Sucre*, poema complejo que se inspira estructuralmente en el mural de Eduardo Kingman que existe en el frontón del Templete conmemorativo de la guerra de independencia.

En la narrativa, acaso la novela que mayor éxito ha experimentado en torno a la heroína sea *Manuela* (1991), de Luis Zúñiga. En ella,



Retrato de Manuela Sáenz. AHBCE

Manuela discurre y recuerda en primera persona, lo que permite al narrador adentrarse en el complejo espíritu de su personaje.

Otra novela histórica, que aborda a los mismos personajes, es *Manuela Sáenz, una historia maldicha*, de Tania Roura. La misma escritora ha publicado otra novela, *Mariana Carcelén, una historia en el Estrado* (2007), sobre la esposa quiteña del Mariscal Antonio José de Sucre, con lo que parece inaugurar un ciclo novelístico en torno a figuras históricas ecuatorianas de esa magnitud.

Demetrio Aguilera Malta escribió en su momento *La caballeresa del sol*, el gran amor de Bolívar, sobre Manuela Sáenz.

Siempre en relación con la independencia, sus antecedentes inmediatos y sus consecuencias, cabe mencionar otra novela histórica importante, mezcla de ficción y de ensayo, biografía novelada o novela biográfica, de autoría de Carlos Paladines, quien inquiriere en la vida y obra de una patriota insigne, la hermana de Espejo y esposa de José Mejía Lequerica, Manuela Espejo. La obra lleva por título *Erophilia, conjeturas sobre Manuela Espejo* (2001). Debe añadirse que Erophilia era el pseudónimo que utilizaba Manuela Espejo, en una época en que era mal vista la incursión de la mujer en la literatura y en la política.

Háblanos, Bolívar, novela de Eliécer Cárdenas, vertebrada una trama hasta cierto punto policial, indagando en torno a la verdad subyacente a la muerte del Libertador, en aquel trágico año de 1830.

Pedro Jorge Vera publicó, casi ya al final de su vida, en 1997, *Doce cuentos de la historia*, un libro de relatos basados en episodios históricos ecuatorianos, y que se emparenta con

las *Leyendas del tiempo heroico*, de Manuel J. Calle, tanto que la Campaña de Lectura Eugenio Espejo publicó un volumen, con prólogo de Miguel Donoso Pareja, aunando en una rigurosa selección ambas obras. Del libro de Vera citamos: *El duende enamorado*, sobre Espejo; *La gloria, la libertad, el amor*, en torno a Manuela Sáenz y Bolívar; *El reparto del botín*, acerca de Mariana Carcelén, Sucre y el general Isidoro Barriga.

Una obra anterior, de 1957, de Luis A. Moscoso Vega, *El espadachín Zabala*, narra hechos en clave de novela de aventuras, en la Cuenca colonial, en vísperas del pronunciamiento insurreccional del 3 de noviembre de 1820.

Sin embargo, la novela de mayor espesor estilístico y argumental publicada en los últimos años en relación con el proceso de la emancipación es *Mientras llega el día*, de Juan Valdano, obra que inquiriere en los días previos a la matanza del 2 de agosto de 1810, profundizando en la causas de la tragedia y en el ambiente de la época.

Ensayo y biografía

El proceso de la independencia ha sido frecuente tema de ensayo en las letras ecuatorianas, así como en el género biográfico. En este aspecto resaltan las obras del polígrafo Alfonso Rumazo González, autor de biografías clave como las de Simón Bolívar, Antonio José de Sucre y Manuela Sáenz (*Manuela Sáenz, la libertadora del Libertador*); las de Jorge Pérez Concha, en especial, *Escritos Históricos* (1990), *De la Goleta «Alcance» al Cañero Calderón*, y *Leyendas Bolivarianas*; Pío Jaramillo Alvarado, *El gran Mariscal José de Lamar, su posición histórica*; *El secreto de*

*Manuela Sáenz, heroína de la independencia, en las letras y en las artes de Hispanoamérica*¹

Manuela Sáenz (Quito 1795/97?-Paita 1856) es uno de los personajes más polémicos, y a la vez fascinantes, de la independencia hispanoamericana. Durante su vida fue amada, adulada, respetada y temida. También fue odiada, perseguida, desterrada y despojada de sus bienes materiales, al punto que murió en extrema pobreza. Ciento cincuenta y tres años después de su muerte, y póstumamente ascendida a generala del ejército patrio, sigue fascinando a historiadores, novelistas, poetas, ensayistas, dramaturgos, guionistas de cine y compositores de ópera, con la misma vitalidad y encanto que usara para seducir a Bolívar. Tal pareciera que su poder de cautivar se multiplicara con los años y que quienes la visitan para recrearla, en historia o ficción, acaban poseídos por su «formidable carácter». Sobre ella han escrito hombres y mujeres de Ecuador, Perú, Colombia, Venezuela, Bolivia, Chile y México. Además de Francia y los Estados Unidos.

En vista del volumen de material, no es posible dar cabida aquí a la totalidad de la producción existente, la cual cuenta entre sus inicios las *Memorias del químico francés Jean-Baptiste Boussingault (1802-1887)*, y las «semblanzas» de Ricardo Palma (1833-1919) en sus *Tradiciones Peruanas*. Ambos autores la conocieron personalmente; por tanto, han servido de punto de partida para muchos y de refutación para otros, en el proceso de reinterpretación de la contribución de Manuela Sáenz a la Independencia hispanoamericana. El nexo común entre ambos es el asombro que les produjera Manuela como ser andrógino, que desafiaba la construcción de «masculino» y «femenino» y los papeles que cada quien debía desempeñar en la sociedad, asumiendo las «funciones naturales» de su sexo.

Antes de entrar en el tema de su caracterización en las letras, mencionaré brevemente las escuelas históricas que, al decir de Pamela Murray, delinean la construcción de Manuela: la primera corresponde a «la chica mala», en tanto que la segunda se propone la «recuperación histórica» del personaje. En la primera entrarían ciertos biógrafos e historiadores de Bolívar que la consideran como una fuerza negativa en su vida. En la segunda se inscriben historiadores como Vicente Lecuna, con sus *Papeles de Manuela Sáenz*, publicados en 1945 y Alfonso Rumazo González, con su biografía *Manuela Sáenz. La Libertadora del Libertador*, cuya primera edición data de 1944. Ambas obras son pioneras al proponerse «limpiar» la memoria pública de las injurias en contra de Manuela.

Otra de sus biografías, que no deja de tener una aproximación problemática, es *Las cuatro estaciones de Manuela. Los amores de Manuela Sáenz y Simón Bolívar*, de Víctor von Hagen (1952). A esta le siguen *Sin temores ni llanos. Vida de Manuelita Sáenz*, de Galo René Pérez (1997), *Manuelita Sáenz. La dama de la libertad*, de Alejandra Jaramillo Morales (2005), subtitulada como biografía novelada y publicada en Bogotá, *Manuela Sáenz, Coronela de los Ejércitos de la Patria Grande* de Yolanda Añazco, (2005) y la reciente publicación de *For Glory and Bolívar. The Remarkable Life of Manuela Sáenz*, de la investigadora estadounidense Pamela Murray, profesora de historia en University of Alabama, en Birmingham (2008).

A simple vista, podría decirse que las tendencias de la novelística no se apartan demasiado de los lineamientos históricos. Pero profundizando, habría que añadir que estando los escritores relativamente libres de las limitaciones impuestas a los historiadores –y aquí evito ex profeso entrar en la discusión entre historia y ficción como construcciones del lenguaje– los novelistas pueden «manipular» la comprensión

de la historia, al otorgar voz a aquellos tradicionalmente marginados de la historia oficial. Sus recursos son de carácter estético y su verdad radica en la capacidad persuasiva de la ficción. Múltiples son los escritores y escritoras que nos han entregado novelas diversas no sólo por su calidad literaria, sino por su posición ideológica con respecto a Manuela. Entre ellas encontramos *La Caballera del Sol* (1964) de Demetrio Aguilera Malta, *La esposa del doctor Thorne* (1988) de Denzil Romero, *Manuela* (1991) de Luis Zúñiga, *Jonatás y Manuela* (1994) de Argentina Chiriboga, *La dama de los perros* (2001) de María Eugenia Leeftmans, *La gloria eres tú*, subtitulada *Manuela Sáenz rigurosamente confidencial* (2001) de Silvia Miguens, *Manuela Sáenz. Una historia maldicha* (2004) de Tania Roura, *La otra agonía. La pasión de Manuela Sáenz* (2006) de Víctor Paz Otero, *Memorial de la ciudad de los espejos* (2007) de la Dra. Marcela Costales y *Nuestras vidas son ríos* (2007) de Jaime Manrique.

Una lectura de estas novelas muestra que, en muchas de ellas, el personaje literario no ha logrado romper la actitud nostálgica, léase «vivir del recuerdo», que tanto desmiente la «real» Manuela Sáenz, si uno se aproxima a su correspondencia. Y no me refiero sólo a la de índole romántica que mantuviera con Bolívar, sino a su «Epistolario» con el general Juan José Flores. Paita no es el fin de Manuela, sino un momento más en su vida, que permanece aún como filón inexplorado dentro de la escritura de ficción. Su quehacer como conspiradora continúa. Asimismo, se amplía su papel de asesora de Juan José Flores en cuanto a las relaciones exteriores del Ecuador de la época. También emprende una labor como intérprete y traductora de los marinos ingleses que llegaban al puerto. Y esta Manuela es tan fascinante cuanto lo es la compañera de Bolívar, aquélla que cruza los Andes y rescata heridos de los campos de batalla.

El homenaje que le han rendido los poetas tiene, en Pablo Neruda, una voz de ternura en *La insepulta de Paita* (1961). Se suman *Bolívar y Manuela* (1989) de Humberto Vinueza, y *Dos encendidos* (2008) de Aleyda Quevedo Rojas.

En el teatro, *Una loca estrella* (1977) de Pedro Saad Herrería también dejó una poderosa huella, seguida de obras en un acto como *Manuela Sáenz*, de Lucrecia Castagnino, recogida en su *Teatralogía Latinoamericana* (1988), *Patriota y amante de usted*, de Gilda Salinas, interpretada por la actriz mexicana Edith Kleiman (2007) y *Manuela Sáenz: vine a decirlo todo*, de Vinicio Romero, Premio Ministerio del Poder Popular para la Cultura del Gobierno de Venezuela (2007), interpretada por Dilia Vaikkarán.

Entre los guiones cinematográficos figura *Manuela Sáenz, ésa soy yo*, de Edmundo Garay y en cine, Diego Rísquez nos entregó *Manuela Sáenz* (2000).

En el ensayo, tenemos *Manuela Sáenz. Presencia y polémica en la historia* (1997) de María Mogollón y Ximena Narváez y *Manuela Sáenz, la gran verdad* (2005) de la Dra. Ketty Romo Leroux. Esto sin olvidar la ópera de Diego Luzuriaga *Manuela y Bolívar* puesta en escena nuevamente en el año que decurre.

El enfoque de este trabajo ha sido, el pasar revista a la producción literaria y artística más conocida que existe sobre Manuela. resalta, cronológicamente, el interés que Manuela inspira, como fuente de ficción.

Notas:

1 Cuadro creado para esta edición por Consuelo Navarro, Doctora en Lingüística y Literatura Española-Luso-Brasileña por la Universidad de Minnesota. Catedrática en Trinity University, Washington, D.C.

Guayaquil en la entrevista de Bolívar y San Martín); Abel Romeo Castillo, *La Imprenta de Guayaquil Independiente; Olmedo, el político; Olmedo y Bolívar*; G. Humberto Mata, su *Refutación* al libro de Víctor Wolfgang von Hagen sobre Manuela Sáenz (*Las cuatro estaciones de Manuela*); Alfredo Flores y Caamaño, *Descubrimiento histórico*, Don José Mejía Lequerica; Jacinto Jijón y Caamaño, *Influencia de Quito en la emancipación del continente americano*; Luis Felipe Borja, *Para la historia del 10 de Agosto de 1809*; Carlos Vivanco, *Cronología de la vida del Libertador, El General Antonio José de Sucre en la campaña del Ecuador, El Ecuador en la independencia de América*; Jorge Salvador Lara, *La patria heroica, La Revolución de Quito: 1809-1812*; José Rumazo González, *Los insurgentes de Quito y Fernando VII*; Jorge Núñez Sánchez, *Un hombre llamado Simón Bolívar, Historias del país de Quito*; Hugo Alemán, *Sucre: Parábola Ecuatorial*; Carlos de la Torre Reyes, *La Revolución de Quito del 10 de Agosto de 1809*; etc..

Literariamente hay que citar a Jorge Carretera Andrade y su libro *Galería de místicos e insurgentes*.

Deben subrayarse también *La mujer providencia de Bolívar*, de Humberto Mata; *Manuela Sáenz, presencia y polémica en la historia*, de María Mogollón y Ximena Narváez; *Manuela Sáenz baila con Giuseppe Garibaldi el rigodón final de la existencia* (prosa poética), de Gastón Baquero.

El teatro sobre la independencia

Hicimos referencia en el acápite correspondiente a las obras teatrales alusivas al tema de la independencia de Abelardo Moncayo, Emilio Abad y Manuel María Terán. Pero durante el siglo XX, se han producido nuevas piezas que se enmarcan en el mismo motivo, desentrañando sus diferentes facetas. Entre tales obras, citamos las siguientes:

Abdón Calderón, de M. Enrique Pasquel Monge, 1938; *Abdón Calderón*, Modesto Chávez Franco, 1911; *Las víctimas del 2 de agosto*, de Guillermo Dávila, 1911; *El Nueve de Octubre de 1820*, de José Luis Velasco, 1920; *La emboscada de Berruecos*, Antonio Rodríguez, 1926; *Héroes anónimos*, Miguel Ángel León, 1938; *Libertadores del Azuay*, César Andrade y Cordero, 1944; *El Retrato de Antonio José de Sucre*, Eloisa de Benitez, 1931; *Asesinato del Prócer Quiroga en Quito y Treno de las Naciones Bolivarianas*, Filemón Proaño, 1930; *El tres de noviembre de 1820*, Juan Iñiguez Veintimilla, 1932; *Lucas y Espejos en la Oscuridad*, Iván Toledo Albornoz y Raúl Arias, 1991, obra sobre el precursor Eugenio Espejo y su hermana Manuela; *Una loca Estrella*, de Pedro Saad Herrería, 1973 (?), sobre Manuela Sáenz.

Hernán Rodríguez Castelo cita en su estudio sobre el teatro ecuatoriano un juicio de Trajano Mera, poeta y polígrafo ambateño, según el cual algunas piezas teatrales, como la de Abelardo Moncayo sobre el 10 de Agosto, tendrían de nacionales nada más que el tema, «escritas —señala— en estilo campanudo, con parlamentos patrióticos que aun en artículos de periódicos patriotereros serían largos y pesados...». Sin embargo, el propio Rodríguez Castelo advierte una evolución, que permitirá

la aparición de obras de mayor calidad y dinámica teatral, como, por ejemplo, *Las víctimas del 2 de agosto*, de Guillermo Dávila, obra estrenada en 1911²².

A la luz del bicentenario y en el marco de las preocupaciones sobre la identidad de nuestros

pueblos, es previsible que seguirán apareciendo nuevas obras con el propósito de reflexionar desde la perspectiva de nuestro tiempo sobre el significado e implicaciones perennes del proceso independentista ecuatoriano. 



Notas:

- 1 Citado por Aurelio Espinosa Pólit, «Introducción a José Joaquín Olmedo, Poesía-Prosa», *Biblioteca Ecuatoriana Mínima*, Puebla, México, Editorial Cajica S.A., 1960, pp. 70, 71.
- 2 Aurelio Espinosa Pólit, ob. cit., p. 70
- 3 Agustín Cueva, *Entre la ira y la esperanza*, Quito, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1967, ps. 48-50.
- 4 Isaac J. Barrera, *Historia de la Literatura Ecuatoriana*, Quito, Editorial Libresa, 1979, p. 654.
- 5 Juan Valdano, *Prole del vendaval*, Quito, Ediciones Abya-Yala, 1999, p. 360.
- 6 Juan Valdano, ob. cit., p. 355.
- 7 Jorge Núñez Sánchez, «Las ideas políticas y sociales de José Mejía Lequerica, Mejía portavoz de América (1775-1813)», Quito, Biblioteca Básica de Quito Volumen 18, Fonsal, 2008, p. 18.
- 8 Juan Valdano, ob. cit., p. 361.
- 9 Aurelio Espinosa Pólit, ob. cit., p. 73.
- 10 Galo René Pérez, «Poesía hispanoamericana de la independencia», *Deleites de la diversidad*, Quito, Ediciones de la Academia Ecuatoriana de la Lengua, Colección Horizonte Cultural No. 2, 2004, pp. 87-111.
- 11 Agustín Salazar y Lozano, «Recuerdos de la Revolución de Quito (1809)», *Biblioteca Ecuatoriana Mínima*, Cronistas de la Independencia y de la República», Puebla, México, Editorial Cajica, S.A., 1960, ps. 198-215. Constan también en esta edición las crónicas de Manuel José Caicedo y José de Villamil.
- 12 Isaac J. Barrera, ob. cit., p. 502.,
- 13 Juan León Mera, «Antiguallas curiosas», Apéndice de «Cantares del pueblo ecuatoriano», *Biblioteca Ecuatoriana Mínima*, Poesía Popular, Puebla, México, Editorial Cajica, S.A., 1960, ps. 183-257.
- 14 *Ibid.*, ps. 211-239.
- 15 Isaac J. Barrera, ob. cit., ps. 507-511.
- 16 Isaac J. Barrera, ob. cit., p. 768.
- 17 *Anales de la Universidad de Quito*, Número VI, agosto de 1883, Imprenta de la Universidad Central.
- 18 Miguel Donoso Pareja, «Leyendas y cuentos que se han de leer», introducción a *Cuentos de la Historia-Pedro Jorge Vera*, Manuel J. Calle, Campaña Nacional de Lectura Eugenio Espejo, Colección Luna Tierna, Quito, 2002, p. 10.
- 19 Miguel Moreno, *La Unión Literaria*, Cuenca, Número III, Año I, junio de 1893; Número IV, Año I, julio de 1893; Número VIII, Año I, noviembre de 1893.
- 20 Manuel J. Calle, prólogo a la primera edición de *A la costa*, de Luis A. Martínez. Citado por Ángel F. Rojas, *La novela ecuatoriana*, Clásicos Ariel, Volumen 29, Quito, pp. 111-112.
- 21 Miguel Donoso Pareja, *El nuevo realismo ecuatoriano*, Eskeletra Editorial, Quito, 2002.
- 22 He seguido al respecto los estudios de Ricardo Descalzi (*Historia crítica del teatro ecuatoriano*, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 6 volúmenes, Quito, 1968); de Hernán Rodríguez Castelo, (*Teatro Ecuatoriano*, Volúmenes 17 y 36 –tomos I y II–, Clásicos Ariel, Quito); y la selección *Teatro Ecuatoriano*, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1991.
- 23 Hernán Rodríguez Castelo, *Teatro Ecuatoriano*, Tomo II, No.36, Colección Clásicos Ariel, Quito, pp.16-17.

Tras las huellas de Manuela Sáenz

Thalía Cedeño¹

*En Paíta preguntamos por ella
Tocar, tocar la tierra de la Bella
No sabían.
Pablo Neruda*

Preguntar por Manuela en Paíta
Es como decir dónde está el oleaje
Esta tierra no recuerda a las mujeres
Grandes
El mar sí sabe lo que es oleaje.

¿Verdad Capitán que nadie respondió
Por ella en Paíta?
Será mejor preguntar al que muerto
Vive aún recordándola.

General, ¿la ha visto usted?
Vino desde lejos a ofrendarse
Yo la recibí en mi carne
Valiente cual soldado
Como mujer palpitante.
¿Qué dirán los campos, señor
De su coraje?
Sembró en un surco guerrero
Llenó el corazón en combate
Manuela la de entonces
La de siempre la grande.

Inmortal Manuela, Mujer
Si tus huesos buscan hoy
Entre las enredaderas del paisaje
Responde desde el mar
Mi corazón está en los Andes.

Lima, 1983.

¹ Poeta. Funcionaria del Ministerio de Relaciones Exteriores,
Comercio e Integración del Ecuador